

***Enciclopedia de los
Monumentos de Galicia***

Introducción. Panorama general de la arquitectura gallega

Siempre ha sido Galicia tierra de canteros y de grandes arquitectos que han sabido plasmar el alma de la tierra en el duro granito galaico. La piedra es, tanto como el verde de bosques y prados, un elemento esencial del paisaje gallego, ya sea en sus formas naturales o en las que el genio humano ha creado con su arte a los largo de los siglos, y a la piedra, convertida en iglesia, pazo o fortaleza está dedicada este libro que ha pretendido recoger las mejores realizaciones de nuestros canteros y arquitectos desde los albores de la actividad arquitectónica gallega hasta nuestro siglo.

Pensamos que como introducción a una obra de éstas características, compuesta de una colección de fichas, necesariamente breves, de cada monumento, se hacía necesario dibujar un panorama general de la arquitectura gallega que nos permitiera situar las principales realizaciones en su contexto histórico, comparándolas con obras contemporáneas del resto de España y de Europa para poder apreciar su originalidad o su vinculación con corrientes foráneas. Ese es el objetivo de estas páginas que pretenden servir de marco explicativo de las relaciones entre las diferentes obras y de las circunstancias en las que se realizaron los monumentos que luego se analizan individualmente.

El Megalitismo

La historia de la arquitectura gallega comienza hace más de 5.000 años, en el momento en el que aparecen en Galicia los constructores de monumentos megalíticos. El megalitismo (del griego *mega*=grande y *litos*=piedra) es un fenómeno cultural que se extiende por la fachada atlántica de Europa en el período del Neolítico final, una moda arquitectónica que se extiende rápidamente a partir de dos núcleos de difusión situados en la Bretaña francesa y en el sur de Galicia y norte de Portugal, ambos con cronologías muy similares, en torno al 3500 a.c. para los ejemplos más antiguos. La cultura megalítica se caracteriza por la existencia de construcciones a base de grandes piedras en la creencia de que la solidez de una edificación estriba en la robustez de los materiales. De los tres grandes tipos de construcciones megalíticas que pueden encontrarse en el arco atlántico europeo (dólmenes, menhires y alineamientos) son sin duda los dólmenes o *mámoas* los más abundantes en Galicia.

Un dolmen es una construcción funeraria de carácter colectivo compuesta de una cámara formada por 5-8 piezas verticales cubierta por una losa de gran tamaño y, ocasionalmente, por un corredor de entrada compuesto por piezas más pequeñas. Esta cámara o *anta* se cubre al exterior con un túmulo de tierra (de 15 a 25 mts. de diámetro por 2 ó 3 de altura) recubierto por una coraza de losas de piedra. Pocos de estos túmulos y corazas han llegado a nuestros días debido a la erosión, a las labores agrícolas y a la acción secular de los buscadores de tesoros que la tradición popular asoció siempre con estos

lugares de enterramiento. La imagen que hoy tenemos de los dólmenes con sus cámaras pétreas al descubierto es fruto de los avatares de la historia y de las excavaciones arqueológicas y no se corresponde con su aspecto original.

En el interior, la cámara de un dolmen estaba frecuentemente decorada con pinturas (meandros, dientes de sierra) y grabados, aunque en la mayoría de los casos no se han conservado. Los dólmenes suelen aparecer en terrenos de montaña media, en zonas de pastoreo, en ocasiones alineados siguiendo antiquísimos caminos y probablemente sirviendo de mojón que delimita el territorio de cada clan. La existencia de tales construcciones es prueba de una sociedad excedentaria y con una preocupación importante por el más allá. El hecho de que se trate de tumbas colectivas parece descartar la existencia de una jerarquización social estricta y hace pensar en una sociedad organizada en pequeños grupos familiares que practicarían un culto a los antepasados considerados como mediadores entre los vivos y las potencias de la naturaleza. La construcción de dólmenes finaliza hacia el 2000 a.c. aunque siguieron utilizándose hasta principios de la Edad del Bronce.

La presencia de esta cultura megalítica en Galicia con rasgos muy similares a los del resto de la fachada atlántica europea prueba que desde tiempos muy antiguos el Finisterre gallego estuvo integrado en una comunidad cultural más amplia y mantuvo relaciones marítimas con las Islas Británicas y con las regiones costeras francesas. Estas relaciones continuaron durante la Edad del Bronce, si bien de esta etapa no conocemos construcciones, tan sólo hallazgos aislados de armas y herramientas metálicas (hachas, espadas etc.) y piezas de orfebrería de gran calidad (Tesoro de Caldas).

La Cultura Castreña

Desde finales de la Edad del Bronce, durante toda la Edad del Hierro y con cierta continuidad en la época romana, se desarrolló en el noroeste de la Península Ibérica una importante cultura conocida con el nombre de *castreña* o de los castros. Son éstos unos recintos fortificados (más de 4000 conocidos) situados en promontorios costeros o interiores, siempre en lugares fáciles de defender y provistos de murallas, fosos y/o terraplenes. Las casas de estos poblados son de variadas formas y dimensiones pero predominan claramente las viviendas circulares de pequeño tamaño (3-5 mts.) y en general todo tipo de formas curvas (las viviendas con esquinas escuadradas se consideran posteriores, y de influjo romano). Las cubiertas serían cónicas a base de un entramado de *xestras* recubierto de *colmo* (paja de centeno), un sistema todavía en uso en las *pallozas* de los Ancares.

El área de influencia de la cultura castreña desborda los límites estrictos de la Galicia administrativa actual extendiéndose por Asturias, León y Zamora, aproximadamente en la misma medida en que lo hace en nuestros días el idioma gallego. Sobre los pueblos que habitaron estos asentamientos existen numerosas opiniones, los historiadores del siglo pasado los consideraban de raza celta pero, en la actualidad, los estudios

paleontológicos han demostrado la escasa importancia del elemento céltico en la composición de la etnia gallega. Por otra parte, el sustrato céltico es también poco importante lingüísticamente e incluso en la cultura material, por lo que hay que suponer que el elemento celta no pudo ser muy importante. La población estaría constituida por elementos indígenas mayoritariamente, con los que se mezclarían aportes procedentes de centroeuropa, conocedores de la cultura céltica pero no necesariamente celtas. Estos recién llegados, por su conocimiento del hierro, se convirtieron probablemente en una aristocracia militar.

Con la llegada de los romanos se abandonan algunos castros (hay indicios de destrucciones e incendios) pero luego se reocupan perviviendo en algunos casos hasta tiempos medievales. La economía de estos pueblos era fundamentalmente agrícola y pastoril, siendo más importante el marisqueo y la pesca en los castros costeros. Conocían la metalurgia del bronce y del hierro así como una orfebrería muy desarrollada (*Diadema de Ribadeo, Torques de Burela ...*) y hay indicios claros de la existencia de rutas comerciales de gran amplitud.

En el arte, destaca la importancia de la orfebrería, de antigua tradición en la Edad del Bronce. Las técnicas son muy variadas (incisión, repujado, granulado, trenzados, filigrana...) alcanzándose un sorprendente desarrollo que contrasta con la tosquedad de la escultura (cabezas, guerreros, verracos etc.). Por lo que respecta a la arquitectura, además de las viviendas y las obras defensivas de los poblados, ya comentadas, destacan las *pedras formosas*, piezas arquitectónicas muy decoradas que al parecer sirvieron de frontis en unos enigmáticos edificios sobre cuya utilidad no se ponen de acuerdo los arqueólogos aunque predomina entre éstos la idea de que se trata de pequeñas termas lo que demostraría un influjo romano.

La Presencia Romana

La cultura castreña presenta una evidente originalidad y un grado de desarrollo comparable al de muchas regiones de Europa. No sabemos como hubiera podido evolucionar una cultura ágrafa como la castreña si no hubiera entrado en contacto con la cultura romana pero no hay que dejarse engañar por los testimonios de los historiadores romanos (Estrabón, Plinio etc.) que nos presentan a los habitantes de los castros como bárbaros de extrañas costumbres, ateos y semisalvajes.

En todo caso, no tiene sentido hacer historia-ficción. Para bien o para mal la cultura gallega es directa heredera de la romana y no de la celta como pretendían los historiadores románticos. Los romanos nos dieron el nombre, la lengua y las costumbres y de Roma nos llegó también la religión cristiana. Galicia no sería hoy lo que es si la romanización no se hubiera producido.

La presencia romana en Galicia no obedeció en un principio a un plan calculado de colonización pero pronto se dio cuenta Roma de la riqueza de la zona en materias primas (oro, plata y estaño fundamentalmente) y del interés que, desde un punto de vista económico, tenía la incorporación de Galicia al Imperio. No parece, frente a lo que pretende la leyenda, que la conquista haya sido especialmente violenta. Hubo sin duda episodios de resistencia, algunos con tientes heroicos como el famoso de Monte Medulio, pero en la mayoría de los casos Roma pactó con los pueblos indígenas (se conservan varios *foedus* o pactos escritos en láminas de bronce), respetando sus instituciones y modo de vida a cambio de asegurarse la explotación económica del territorio. La asimilación por parte de la cultura castreña del modo de vida romano y la latinización vinieron después, de forma progresiva y voluntaria.

Ya que el interés de Roma era fundamentalmente económico no puede extrañar que la mayor parte de las obras arquitectónicas romanas en Galicia sean obras de infraestructura de comunicaciones (puentes, vías, faros ...) y construcciones militares levantadas para garantizar el control de la zona (campamentos, murallas etc.). Los romanos son un pueblo pragmático, más preocupados por la utilidad que por la estética y su principal aportación se centra en la difusión de técnicas constructivas de gran transcendencia posterior (sillería, arcos y bóvedas ...) que hasta entonces eran desconocidas en Galicia.

Cuando caiga el Imperio Romano y los invasores germanos se asienten en Europa, Galicia se encontrará en una situación de desarrollo artístico y cultural muy similar al de muchas zonas del mundo romano: inferior sin duda al de Italia o las provincias levantinas de la Península, pero superior al de Irlanda o al de la Bretaña francesa. De esta herencia romana arranca la arquitectura medieval, siempre ansiosa por emular las gestas constructivas de Roma y de construir *more romano*, de acuerdo con la tradición romana.

El Mundo Prerrománico

La división del Imperio por Teodosio va a producir la ruptura de la unidad cultural del mundo antiguo. La crisis del mundo romano venía gestándose desde el siglo III (peste, presión de los bárbaros, parón demográfico...) y conducirá al asentamiento de los germanos en el solar occidental del Imperio y a la aparición de un horizonte cultural fragmentario con manifestaciones muy distintas en cada zona. El mismo concepto de arte «prerrománico» define solamente un marco cronológico (siglos VI-X) y es difícil encontrar un nexo de unión entre los distintos prerrománicos europeos (visigodo, carolingio, lombardo, asturiano, mozárabe...). Hay sin embargo algunas características comunes que responden a una situación común de crisis y de destrucción de las estructuras artísticas: ausencia casi total de escultura, edificios de pequeñas dimensiones con aparejos de poca calidad. Escasean las cubiertas cupuladas y abovedadas, las ventanas son también escasas y de pequeñas dimensiones debido a las insuficiencias técnicas de los arquitectos etc. Todo ello, sin embargo, generalizando en exceso ya que no faltan casos de programas escultóricos (como el de la iglesia visigoda de *S. Pedro de la Nave*), de maestría en la construcción de bóvedas (arquitectura mozárabe y asturiana ramirensis), o de magníficos

ventanales (*Sta. M^a del Naranco*, en Asturias).

Tres son los componentes que van a configurar la nueva etapa: la herencia romana, el aporte germánico (en Galicia suevo y visigodo) y la Iglesia, especialmente el monacato, que actuará como elemento aglutinador, cristianizando y sistematizando la herencia antigua y el paganismo. Hasta 1050, en el período denominado Alta Edad Media, en un mundo ruralizado, los invasores germanos controlan la superestructura del poder y la propiedad de la tierra, mientras que la infraestructura económica, queda en manos del elemento autóctono, los indígenas romanizados, actuando la Iglesia como coordinadora y directora de la esfera cultural.

En el estado actual de conocimientos, parece que el cristianismo se introdujo en Galicia en el siglo IV después de Cristo, sin embargo los testimonios de arte paleocristiano, en realidad arte romano tardío, son muy escasos en el noroeste peninsular: tan sólo algunas piezas escultóricas (crismón de Quiroga, sarcófagos de Temes y Vilanova de Lourenzá) y un único edificio, Santa Eulalia de Bóveda, de controvertida cronología y atribución.

Similar escasez de testimonios encontramos en el período de la monarquía que los invasores suevos establecieron en Galicia. Tenemos referencias documentales que prueban la existencia de algunas diócesis y de monasterios y eremitorios rupestres pero lo conservado se reduce a unos cuantos capiteles reutilizados en construcciones posteriores y a la parte más antigua del monasterio orensano de San Pedro de Rocas. A partir de estos pocos restos se puede afirmar que la continuidad con el arte romano es total, limitándose los suevos a dejar desarrollar la tradición artística de la zona, que por otra parte se encontraba en fase de franco agotamiento.

Un cambio en la situación se producirá a finales del siglo VI cuando, tras la conquista de Leovigildo, la antigua *Gallaecia* romana, hasta ahora ocupada por los suevos hasta el, se incorpore a la órbita visigoda. A pesar de su situación excéntrica con respecto a las capitales visigodas (Mérida y después Toledo) se conservan aquí algunos edificios notables de esta época como son la iglesia de *Sta. Comba de Bande* (Ourense) y las ruinas de *S. Juan de Panxón* (Nigrán, Pontevedra).

Asentados en Hispania desde el 415, los visigodos eliminarán sucesivamente a suevos, vándalos y alanos instaurando una monarquía que pervivirá hasta la invasión árabe del 711. En el campo sociocultural y artístico la continuidad con Roma es casi total, en rigor habría que hablar, no de arte visigodo, sino de arte de época visigoda o de arte hispano-visigodo. Tan solo en un primer momento predomina el componente germánico en las fíbulas y otros objetos de orfebrería de tipo danubiano. Tras la conversión de Recaredo, surge la necesidad de un arte áulico y un ceremonial que la tradición romana y la Iglesia proporcionan en un auténtico renacimiento del pasado clásico que convive con tradiciones autóctonas e influencias bizantinas.

En la arquitectura, los edificios son de pequeñas dimensiones, el aparejo de sillarejo o mampostería, aunque no faltan casos de sillería de calidad. La tipología es en la mayoría de los casos basilical, aunque hay también edificios cruciformes (*S. Pedro de la Nave, Sta. Comba de Bande*). Las cubiertas suelen ser de madera y los elementos sustentantes columnas y capiteles de tradición romana (en muchos casos reutilizados) con arcos de herradura, el elemento más original y novedoso, que según Gómez Moreno derivan de las decoraciones arquitectónicas de los sarcófagos.

La decoración es escasa y se reduce a motivos geométricos, vegetales o zoomórficos estos últimos de clara raigambre oriental. Un caso excepcional lo constituye *S. Pedro de la Nave* (Zamora) donde se desarrolla un programa iconográfico completo, esculpido en capiteles basas e impostas con una técnica de talla al bisel que denota influencias de la eboraria y de la miniatura.

En conjunto, como señala Schlunck, la arquitectura hispana del siglo VIII demuestra una superioridad total sobre la contemporánea del resto de Europa, tanto en calidad constructiva como decorativa.

La invasión islámica del año 711 va a transformar completamente este panorama que dibujábamos. Los árabes penetraron en Galicia, saquearon Lugo y destruyeron algunas iglesias y monasterios (Samos, por ejemplo) pero se retiraron rápidamente quedando el territorio convertido en una especie de “tierra de nadie”, con las ciudades abandonadas y carente de instituciones de gobierno. Paralelamente, pequeños núcleos de resistencia se hicieron fuertes en las montañas del norte tanto en Asturias como en Navarra y poco más tarde en el resto de los territorios al norte del Duero. En el caso asturiano, los descendientes de Don Pelayo (Covadonga 716) fundaron una monarquía que, aunque con altibajos, consiguió aglutinar a los elementos refractarios a la presencia musulmana. Pronto Galicia se incorporó a la órbita del reino astur recibiendo un importante flujo de emigrantes que huían de las zonas del sur, ocupadas por los árabes, para buscar refugio en las áreas liberadas. En este momento (principios del siglo IX) se produce el descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago y comienza a desarrollarse el culto jacobeo en Compostela. Sabemos que dos reyes asturianos, Alfonso II y Alfonso III, construyeron iglesias sobre la tumba del apóstol (se han encontrado algunos restos en las excavaciones) y emprendieron una amplia política de reconstrucción de edificios abandonados (Santa Comba de Bande, San Pedro de Rocas etc.). Poco se conserva sin embargo de esta etapa, tan sólo los restos mencionados y los de la iglesia orensana de *San Xés de Francelos*, muy transformada por posteriores restauraciones.

En el siglo X, con Galicia ya definitivamente incorporada a la monarquía asturiana, continúa la política repobladora y se asiste a un importante renacimiento monástico, fundándose numerosos cenobios y restaurándose otros que habían sido abandonados durante la invasión islámica. Destaca en este momento la figura de San Rosendo, eclesiástico gallego emparentado con los reyes asturianos, obispo de Compostela y Mondoñedo y abad de Celanova. Con él se relaciona la diminuta iglesia mozárabe de San Miguel de Celanova, obra cumbre de la arquitectura gallega del siglo X. El término

mozárabe, en sentido estricto, alude al arte realizado por los cristianos en territorios controlados por el Islam. Sin embargo, muchas de las obras calificadas de *mozárabes* se llevaron a cabo en territorio cristiano recuperado a los árabes, con la intervención de artistas procedentes del sur. Por ello, hoy se prefiere hablar de *arte de repoblación*, aunque sin desdeñar el componente mozárabe, es decir, influido por el Islam, en dicho arte. Estas influencias son evidentes en el caso de Celanova donde los arcos de herradura con alfiz, las bóvedas nervadas y de cascarón gallonado y los modillones de rollos que decoran los canecillos del tejado, imitan claramente las soluciones empleadas en la mezquita de Córdoba.

La Galicia Románica

Frente al horizonte cultural fragmentado que caracteriza a la época prerrománica, el Románico aparece como el primer estilo internacional en Europa, un único lenguaje artístico, aún con diferencias regionales, hablado al unísono por la mayor parte de los pueblos latinos poco después de pasado el año 1000. El nacimiento del románico coincide con una época de expansión económica, urbana y demográfica (las peregrinaciones son una de las manifestaciones de este fenómeno), un verdadero renacimiento urbano y comercial que pone las bases necesarias para un impresionante movimiento constructivo que llevó a Europa a cubrirse de «un blanco manto de iglesias». La aparición del estilo románico con la recuperación de la escultura y de los procedimientos arquitectónicos romanos (sillería, cubiertas abovedadas, arcos de medio punto, ábsides semicirculares...) no es un hecho aislado sino una manifestación más de un amplio movimiento cultural, el “renacimiento del siglo XII” se le ha llamado, que traerá como consecuencia la aparición de las lenguas vernáculas y la literatura romance.

Tras la muerte de Almanzor y la desaparición del peligro vikingo, Galicia vive una etapa de prosperidad y estabilidad en la que el Camino de Santiago nos une, como un cordón umbilical, con el resto de Europa. Por él transitan los peregrinos que viajan a Compostela y con ellos nuevas ideas, mercaderes y artistas que difunden por la Península las novedades románicas que enraizarán profundamente en nuestra tierra.

Si exceptuamos unos pocos edificios (*S. Martín de Mondoñedo*, *S. Antolín de Toques* etc.), cuya filiación y cronología son dudosas, todo el románico gallego se emparenta de una u otra manera con la Catedral de Santiago, la gran obra del estilo en Galicia y auténtico foco de difusión del nuevo arte en el área galaica. En la basílica compostelana se introducen tempranamente (se inició en 1075) las novedades del románico pleno o segundo románico. Construida como iglesia de peregrinación se emplean, y se desarrollan, en ella las soluciones que los arquitectos franceses experimentaban en ese momento para conseguir un tipo arquitectónico que se adecuara, funcional y simbólicamente, a los ritos propios de las peregrinaciones.

Sólo cinco grandes iglesias de peregrinación como la Catedral de Santiago se levantaron en Europa y dos de ellas han desaparecido. Todos estos santuarios se encuentran en alguna de las cuatro grandes rutas que confluyen para formar el *Camino Francés* que conduce a Compostela. En ellos aparecen una serie de elementos -la girola o deambulatorio, un transepto de tres naves muy destacado y tribunas o triforios- destinados a facilitar el tránsito de los peregrinos y la visita a las reliquias, sin interrumpir el culto ni tener que cruzar el coro. Ninguno de estos elementos se inventó en Santiago pero no es exagerado decir que en Compostela se logró la combinación más acabada, modélica por la armonía de sus proporciones.

En torno a la fábrica de la Catedral compostelana proliferaron los talleres de canteros, los maestros de obras y los escultores que difundieron el estilo, pronto muy popular, por los lugares más recónditos de la geografía gallega. Con muy pocas excepciones, todo el románico gallego depende del foco de irradiación compostelano, relacionándose con las soluciones empleadas allí por el maestro Esteban o, más tarde y con mayor difusión, con las utilizadas por el maestro Mateo.

Mención aparte merecen las construcciones que levantó en Galicia la orden del Cister, partidaria como se sabe de una arquitectura pura, sin elementos decorativos y con soluciones económicas: muros delgados, cubiertas de madera y escasez de bóvedas. Los monasterios de la orden (Meira, Samos, Oia, Oseira...) extendidos por toda Galicia ejercieron una notable influencia en la arquitectura de finales del siglo XII y comienzos del XIII. Lo más interesante es el uso del arco apuntado y la eliminación de la complicada imaginería del románico, elementos ambos que allanarán el camino para el gótico posterior.

Los Siglos del Gótico

La popularidad del románico en Galicia fue enorme y sus soluciones tuvieron en el ámbito rural larga pervivencia, lo que ha llevado a algunos historiadores a hablar de una inercia románica que explicaría la escasa difusión que el arte gótico alcanzó en tierras gallegas. Es cierto que en Galicia no se construyeron grandes catedrales del estilo de las francesas o de las castellanas de Burgos, León y Toledo pero la razón de esta ausencia hay que buscarla, no en una supuesta inercia románica, sino en un cambio en las condiciones económicas y políticas. Durante la etapa románica el condado gallego de Raimundo de Borgoña y sus sucesores había gozado, dentro de la monarquía castellano-leonesa, de una amplia autonomía. Sin embargo, la muerte de Alfonso IX, el último rey "gallego", en 1230, y el avance de la Reconquista que hizo bascular hacia el sur el centro político y económico de la España cristiana, dejaron a Galicia descentrada, alejada de los nuevos centros de decisión y en una situación económica que no favorecía la realización de grandes empresas constructivas.

A pesar de todo, el gótico no está ausente en Galicia e incluso puede decirse que fue, en determinados ambientes urbanos, un arte popular. Dejando a un lado las solucio-

nes “protogóticas” del maestro Mateo y sus seguidores que conducen a una vía muerta y no enlazan con la arquitectura posterior, la primera obra gótica gallega es la *Catedral de Tuy*, iniciada en el románico pero continuada en el nuevo estilo por un Obispo que se había formado en Francia y conocía las novedades góticas. La Portada de la catedral tudense se relaciona con el primer gótico francés, el de Sens y Laon, y es el primer portal gótico peninsular, anterior a los de las catedrales castellanas de Burgos y León. Tuvo pues Galicia un contacto temprano con el estilo gótico e incluso se proyectó una gran cabecera gótica para la Catedral de Santiago aunque las obras apenas pasaron de los cimientos.

Sin embargo, la difusión de las soluciones góticas no vino, como en el románico, de Compostela sino que fue obra de las órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, asentados desde el siglo XIII en las principales villas gallegas. En sus conventos utilizan los mendicantes los arcos apuntados y las bóvedas de crucería características del nuevo estilo. Es evidente en estas construcciones el énfasis en la verticalidad y un nuevo uso de la luz proporcionada por los altos ventanales amainelados de sus ábsides, pero está completamente ausente de ellos la estructura típicamente gótica de bóvedas de crucería, pilares compuestos, arbotantes y pináculos, ya que las naves de estos templos se cubren con madera reservándose las bóvedas para la cubierta de los ábsides y de las capillas funerarias. En Galicia, estas estructuras del gótico clásico no se utilizaron y sólo aparecen tímidamente los arbotantes en la cabecera de la Catedral de Lugo.

La influencia de la arquitectura mendicante se extiende a numerosos edificios tanto rurales (*San Salvador de Cinis* o la de *San Pedro de Soandres*), como urbanos (*San Martín de Noia*, *Sta. Clara de Pontevedra*, *Sta. M^a del Campo de Viveiro*), en los que aparecen soluciones similares en los alzados y cabeceras y claras afinidades en los elementos decorativos ya que los talleres de canteros que intervinieron en su construcción (el llamado “taller orensano” y los “talleres lucenses”) se encargaron de difundir el estilo por toda la geografía galaica.

Un grupo aparte lo constituyen las iglesias de lo que se ha llamado el “gótico mariner”, conjunto de construcciones situadas todas en villas costeras (Cambados, Rianxo, Laxe, Fisterra, Cedeira...) que presentan soluciones comunes de estructura muy sencilla: nave única cubierta con madera y cabecera cuadrangular con bóveda de crucería. Los arcos son generalmente apuntados y las bóvedas góticas aunque en varias de estas iglesias, construidas a finales del siglo XV e incluso a comienzos del XVI, aparecen ya influencias renacentistas.

Hubo pues un arte gótico gallego aunque con características autóctonas y alejado de los planteamientos de claridad y sutileza del gótico francés. Incluso fue un arte popular, equivalente al mudejar que no existe en Galicia, y de su popularidad es buena prueba la larga pervivencia de algunas soluciones góticas, como la bóveda de crucería, que seguirá en uso en la arquitectura gallega hasta bien entrado el siglo XVII.

El Renacimiento

En el siglo XVI el camino de Santiago vive una etapa de decadencia, la era de las grandes peregrinaciones ya ha pasado y Galicia, al margen de los grandes centros económicos y políticos del momento, padece una época de estancamiento económico (sólo de libran de la decadencia las villas costeras), demográfico y cultural.

El único centro artístico de relativa importancia es en estos momentos Compostela donde la personalidad del arzobispo Alonso de Fonseca III, educado en Salamanca y conocedor de las novedades del Renacimiento, monopoliza las iniciativas artísticas. Bajo su patrocinio llegaron a Santiago los arquitectos del «círculo salmantino», autores de las principales obras que se hicieron en esta época. Juan de Alava (claustro y cimborrio de la catedral) es todavía gotizante pero su discípulo Rodrigo Gil de Hontañón (*fachada del Tesoro* de la catedral, *Colegio de Fonseca*) introduce decididamente las novedades del Renacimiento italiano aún manteniendo algunos elementos decorativos platerescos. Y es que la tensión entre la tradición gótica y las novedades renacentistas se mantuvo en Galicia, como en el resto de España, durante las primeras décadas del siglo XVI, no tanto por inercia como por una actitud historicista. El gótico era considerado como el *estilo oficial* de la Iglesia y así es frecuente la coexistencia en un mismo edificio, sobre todo si es un recinto religioso, de bóvedas de crucería, pináculos y decoración plateresca, con arcos de medio punto, columnas y pilares renacentistas.

Las principales obras de la arquitectura del Renacimiento gallego se encuentran por tanto en Santiago empezando, no podía ser de otra manera, por la Catedral y por el resto de las obras patrocinadas por el obispo Fonseca. Al margen de su influencia destaca la obra del *Hospital Real de Santiago*, encargado por los Reyes Católicos a Enrique Egas, las construcciones de influencia portuguesa (*Torres de Allo*, etc.) y las obras gotizantes de Cornellis de Holanda (*Santa M^a la Grande de Pontevedra*). Ya en la segunda mitad del siglo XVI continúan las influencias salmantinas y el clasicismo se impone progresivamente. A esta etapa pertenecen la *Puerta de Carlos V de Viveiro* -único ejemplar de puerta de ciudad renacentista que tenemos en Galicia-, la iglesia compostelana de *San Martín Pinario* y el *Colegio del Cardenal* de Monforte de Lemos como obras más significativas.

Por último, hay que mencionar las obras que se llevaron a cabo en esta etapa en numerosos monasterios gallegos. Todos los grandes cenobios, la mayoría cistercienses como Oseira, Sobrado, Monfero o Meira, renuevan sus fábricas en estos momentos, añadiéndose capillas, claustros y nuevas fachadas a los edificios anteriores. La mayor parte de estas construcciones no son obra de los grandes arquitectos del Renacimiento sino de anónimos maestros de obras o de cuadrillas de canteros itinerantes. Son la versión popular de la arquitectura culta de Compostela y en ellas se combina la tradición de la bóveda de crucería gótica con las novedades renacentistas: el arco de medio punto, las colum-

nas clásicas y en énfasis en la horizontalidad en las construcciones.

El Barroco

La arquitectura barroca española no presenta el carácter europeo de espléndidas creaciones urbanísticas o de edificios singulares por las especiales condiciones económicas y sociales en las que vive España, inmersa en un período de fuerte crisis económica. La Iglesia desempeña un papel fundamental, pues su fuerza económica es mayor que la de otros posibles clientes, además el espíritu contrarreformista y el auge de nuevas órdenes religiosas (jesuitas) suponen la necesidad de nuevos edificios. Como contraste, la pobreza en la construcción de edificios civiles, que sólo ofrece algunos ayuntamientos y plazas mayores, y la escasez de arte cortesano. Los modelos constructivos son poco innovadores, pero sí adquieren importancia las fachadas con una decoración exuberante. En los interiores se tiende hacia la nave única con capillas laterales entre contrafuertes.

En torno a 1660, este panorama empieza a cambiar, y aparecen nuevos esquemas constructivos que pueden clasificarse ya como típicamente barrocos. Comienza a utilizarse la columna salomónica, y las líneas arquitectónicas adquirirán movimientos de quiebra u ondulación, buscando un efecto visual que se adecua perfectamente a lo que comúnmente entendemos como espíritu barroco. El barroco español se prolonga durante el siglo XVIII, hasta 1760 aproximadamente. El cambio de dinastía (Borbones,) que introduce reformas económicas y políticas permite salir al país de la crisis; esto repercute favorablemente en la arquitectura, que mejora su calidad, aumenta su inventiva y renueva su repertorio formal. En este siglo encontramos dos tendencias individualizadas: la primera de ellas ofrece una interpretación netamente hispana, con una propensión a lo decorativo, que en ocasiones intensificará el recargamiento de las formas hasta extremos delirantes (estilo churrigueresco); por otro lado, los Borbones patrocinarán la construcción de edificios para su propia residencia, cuyos rasgos arquitectónicos presentaran aspectos inspirados en las ideas imperantes en las cortes europeas, sobre todo en Italia y Francia (*Palacios de la Granja, Aranjuez...*).

Este esquema general de la arquitectura barroca en la Península no es en su totalidad aplicable a Galicia. Aquí, la introducción del maíz y la generalización de los arrendamientos rústicos a largo plazo, los foros, tuvieron como consecuencia una etapa de prosperidad y estabilidad económica, un aumento de la población y un excedente agrícola del que se benefició la iglesia, propietaria de buena parte de la tierra cultivable. Los monasterios y, en menor medida, las parroquias gallegas, viven una etapa de esplendor que les permite acometer una amplia campaña de construcciones. El estilo barroco se convierte así en Galicia en un auténtico *arte nacional* y apenas hay iglesia o monasterio en nuestra tierra que no haya sufrido reformas barrocas, en su arquitectura o, al menos, en su decoración. En estas circunstancias, el barroco gallego alcanzó las cotas máximas de la Península, tanto por su calidad como por su cantidad, especialmente en el siglo

XVIII, una de las épocas más esplendorosas para el arte en Galicia.

Las primeras décadas del siglo XVII persisten en Compostela las formas renacentistas y el influjo herreriano en las provincias de Lugo y Ourense. El triunfo definitivo del barroco se produce en el segundo tercio del siglo y de nuevo es Santiago el epicentro del movimiento. Las reformas que entonces se emprenden en la Catedral, en un intento de recuperar la unidad del edificio, perdida por sucesivas reformas y adicciones, fueron dirigidas por el canónigo José Vega y Verdugo, decidido partidario de la nueva estética. Bajo su dirección intelectual trabajó el arquitecto salmantino José Peña de Toro, autor de la fachada de la Quintana, completada en la segunda mitad del siglo por Domingo de Andrade con la Torre del Reloj y el Portal Real. En esta etapa triunfan los planteamientos decorativos barrocos aunque los arquitectos gallegos los desarrollan con gran originalidad. Las sargas de frutas, quizá inspiradas en el arte precolombino, las volutas, carantamaulas y trofeos militares y las balaustradas con pináculos y bolas invaden las fachadas de las construcciones de Andrade, Diego de Romay, Fray Tomás Alonso o Pedro Montegudo, coexistiendo con una corriente algo más sobria que encabeza Fray Gabriel de Casas.

En el siglo XVIII se asiste a un cambio de tendencia. Por un lado, la situación económica general mejora lo que permite el desarrollo de la arquitectura civil (los *pazos*, tanto rurales como urbanos) y por otro se asiste a una evolución en la que la arquitectura va despojándose de lo superfluo, de lo decorativo, para concentrarse en lo geométrico y en lo espacial. Lo fundamental en esta etapa será la masa, el granito imponiéndose como esencia de la arquitectura. En esta línea surge la creación más original del barroco gallego: el “estilo de placas” que introduce con gran éxito el santiagués Simón Rodríguez, autor de la *fachada del convento de Santa Clara de Santiago*, su mejor obra, en la que resume a la perfección su gusto por las formas geométricas que se recortan nítidamente sobre el muro liso y por los efectos de inestabilidad conseguidos acumulando masas de piedra en las partes altas del edificio.

Destacan también en esta etapa la obra de Fernando de Casas Novoa, autor de la *fachada del Obradoiro de la Catedral de Santiago*, obra cumbre del barroco gallego que por su énfasis en lo decorativo se opone a la tendencia encabezada por Simón Rodríguez, y las figuras de Lucas Caaveiro y Clemente Fernández Sarela, ya dentro de la corriente rococó. Se buscan en este momento efectos de profundidad, formas abiertas y superficies discontinuas. Hay también gran interés por el urbanismo, por la creación de espacios urbanos con hermosas perspectivas, de ahí la proliferación de fachadas-telón que no se corresponden con una estructura interior y cuya única función es la de cerrar espacios o plazas y embellecer la ciudad.

Neoclasicismo y Romanticismo

Durante el barroco vivió Galicia una de los períodos dorados de su arquitectura

pero a esta época de grandes realizaciones artísticas, le sucedió una etapa de parálisis y postración durante buena parte del siglo pasado. El siglo XIX comienza con guerras contra Francia e Inglaterra y continúa con la invasión napoleónica y la subsiguiente guerra de la independencia. En estas difíciles circunstancias se difunde por España el estilo Neoclásico cuyas primeras manifestaciones se habían producido durante la segunda mitad del siglo XVIII de la mano de los ingenieros militares, formados en las academias borbónicas e imbuidos de un claro espíritu clasicista de raíces francesas.

En la segunda mitad del siglo XVIII coexisten pues en Galicia, como en el resto de Europa, dos corrientes antagónicas: por un lado el arte refinado, frívolo y galante de la aristocracia y de la Iglesia (el barroco en su fase rococó) y por otro el arte racional, simple, claro y cerebral de la burguesía ascendente (el neoclásico). Éste surge como reacción frente a los excesos decadentistas del rococó y se nutre del ambiente de exaltación clasicista que provoca en Europa el descubrimiento de las ruinas de Pompeya y la publicación de la *Historia del Arte de la Antigüedad* del alemán Winckelmann.

Hacia 1760 el clasicismo oficial representado por los ingenieros militares se impone definitivamente a la tradición autóctona del barroco. Los grandes arquitectos gallegos, los Casas Novoa, Simón Rodríguez, Fernández Sarela, empeñados en llevar al grado máximo los planteamientos decorativos del barroco, son progresivamente desplazados en la adjudicación de las obras oficiales por los ingenieros militares (Carlos Lemaur, Feliciano Míguez) y por una nueva generación de arquitectos formados en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Monteagudo, Sanchez Bort, Melchor de Velasco etc.). Ambos grupos aúnan las influencias francesas y las italianas que pretenden regenerar la arquitectura con una vuelta a los postulados clásicos de la arquitectura greco-romana que habían codificado el arquitecto romano Vitrubio y los tratadistas del Renacimiento (Serlio, Alberti, Vignola etc.). Se abandonan así las exuberantes decoraciones barrocas y los efectos de movimiento e inestabilidad y se vuelve a una arquitectura de volúmenes puros, a los órdenes clásicos, a los frontones y a la sobriedad en la decoración.

Las dificultades de la Hacienda real hicieron que muchos de los proyectos de transformación urbana que se idearon en estos momentos no pasaran del papel. Entre lo construido destacan las obras de Julián Sánchez Bort (*Arsenal de Ferrol*, *Iglesia de San Julián* en la misma ciudad y *fachada de la Catedral de Lugo*) y las de Carlos Lemaur (*Capilla mayor de la Catedral de Lugo* y *Palacio de Raxoi* en Santiago), ambos nacidos y formados fuera de Galicia. Entre los arquitectos gallegos sobresalen las figuras de Domingo Lois Monteagudo (*fachada de la Azabachería de la Catedral de Santiago*) y Miguel Ferro Caaveiro (*Edificio de la Universidad*, *capilla de la Comunión de la Catedral de Santiago* etc.). Todos estos trabajan en los últimos años del siglo XVIII cuando la situación política y económica era todavía de una relativa prosperidad. En los comienzos del XIX la situación empeora, como hemos visto, y las obras escasean. En estos años trabaja sin embargo el arquitecto que va a llevar a la plenitud a la arquitectura neoclásica gallega: Melchor de Prado y Mariño, autor de la *Iglesia de San Benito del*

Campo de Santiago y de la *Colegiata de Vigo* entre otras obras de menor entidad.

A mediados del siglo XIX, y desde las mismas filas del neoclasicismo triunfante, surgirá un nuevo movimiento que abandona paulatinamente la imaginaria fría y cerebral del Neoclásico adentrándose en la conciencia subjetiva, en el mundo de la sensibilidad. Esta nueva actitud que concede primacía a los sentidos sobre la razón desembocará en el Romanticismo. Sin embargo, clasicismo y romanticismo no son fácilmente separables; son dos caras de la misma moneda, un reflejo de la tensión dialéctica entre el orden y la libertad, entre la razón y el sentimiento.

El Romanticismo recupera el gusto por los estilos del pasado, especialmente por los de la Edad Media, despreciados por los neoclásicos. Surgirá así una arquitectura historicista que vuelve sus ojos hacia las realizaciones medievales ahora valoradas como la expresión genuina del alma popular. El Neorrománico y el Neogótico, simple imitación de las formas medievales, son ahora los estilos en alza y pronto se llegará al eclecticismo, a la búsqueda selectiva en el pasado para tomar de cada período lo mejor haciendo con todo una síntesis creadora. Decoraciones barrocas conviven ahora en un mismo edificio con columnas clásicas, arcos apuntados y elementos románicos.

Si las circunstancias económicas y políticas del primer tercio del siglo XIX no favorecieron en Galicia el desarrollo de la arquitectura, peores fueron las del segundo tercio del siglo. La desamortización de los bienes eclesiásticos privó a la Iglesia de sus fuentes de riqueza impidiéndole encargarse de nuevas obras y la reestructuración de la administración provincial eliminó tres de las antiguas provincias gallegas (Mondoñedo, Betanzos y Tui) dejando a sus capitales en una situación languideciente. Hay sin embargo una cierta recuperación económica de las ciudades costeras (A Coruña, Vigo y Ferrol) y será en ellas en las que se concentren las realizaciones de la nueva etapa.

En Galicia la arquitectura historicista y ecléctica es poco conocida, poco más sabemos que una lista de nombres de arquitectos y algunas de sus obras pero faltan estudios monográficos sobre las diferentes figuras y edificios y se carece también de una síntesis general de la arquitectura de la época. Aún así se puede destacar en un primer momento la obra de Faustino Domínguez (*Plaza de Maria Pita*) y de Juan de Ciórraga, autor de edificios neorrománicos como la fachada de la iglesia de *Sta. M^a del Campo* de la Coruña y famoso por haber incorporado a la arquitectura culta uno de los elementos más característicos de la arquitectura popular gallega: la galería de madera y cristal.

A una segunda generación pertenecen nombres como Coumes-Gay (*Teatro Jofre* de Ferrol), Luis Bellido (*Círculo de las Artes* de Ourense e *Iglesia de Santiago de Vigo*) o Rodríguez Sesmero (*Ayuntamiento* y *Palacio Provincial* de Pontevedra).

El siglo XX

En Galicia, como en el resto de España, el historicismo y el eclecticismo no desaparecen con el cambio de siglo sino que se mantienen hasta los años de la Guerra Civil

coexistiendo con el nuevo estilo modernista y con algunos intentos de crear un estilo autóctono, basado en la exaltación de las peculiaridades galaicas y en el uso de las formas y materiales tradicionales de la arquitectura gallega. Las primeras décadas del siglo XX son un período de fuerte prosperidad para las ciudades gallegas, especialmente para las de la zona costera. Florecen en estos años las actividades pesqueras y las industrias relacionadas con la pesca: construcción naval, conservas y salazón etc. Paralelamente, el regreso de los “indianos” y el desarrollo del embrión industrial surgido en el siglo XIX (fábricas de tabaco, vidrio, armas etc.) propiciaron el crecimiento de una burguesía no muy abundante en número pero sí rica, culta y cosmopolita y con el suficiente poder económico como para financiar grandes realizaciones arquitectónicas y acometer, desde Diputaciones y Ayuntamientos, la reforma y el ensanche de los principales núcleos urbanos que se habían quedado pequeños y anticuados ante el crecimiento demográfico y el aumento del tráfico rodado.

Es en estas primeras décadas del XX cuando Vigo adquiere, de la mano de los arquitectos Jenaro de la Fuente y del polaco Pazevich, un aire moderno y cosmopolita con el trazado de sus principales avenidas y la construcción de soberbios edificios eclécticos y neobarrocos que combinan el granito gallego y la tradición del barroco de placas con un lenguaje francés que recuerda en muchos casos al de los edificios construidos en París durante el Segundo Imperio. Destacan entre otros la *Casa Bonín* de Jenaro de la Fuente y el *Hotel Moderno* de Pazevich.

Similar es la situación de A Coruña en los comienzos del siglo. El crecimiento económico y demográfico conduce a una remodelación urbana inspirada en los principios del eclecticismo, el estilo oficial del momento. Surgen así grandes edificios en los que se combinan arbitrariamente motivos ornamentales de origen diverso: pilastras, balaustradas y decoraciones barrocas con mansardas, frontones y altas cúpulas, todo con un carácter efectista, ampuloso y grandilocuente. La obra cumbre de esta etapa es sin duda el Ayuntamiento coruñés, obra del arquitecto municipal Pedro Mariño (1908).

El modernismo

Paralelamente al desarrollo de la arquitectura ecléctica, llegan a Galicia los ecos del modernismo, entonces en boga en las principales capitales europeas (París, Viena, Londres) y peninsulares (especialmente Barcelona). El modernismo recoge la herencia del siglo XIX (romanticismo, historicismo) y al tiempo prepara el camino para las conquistas del arte contemporáneo. En el terreno de la arquitectura, las características básicas del movimiento son la reivindicación la libertad artística, de la fantasía y de lo subjetivo (como los románticos); la valoración de la tradición histórica (neogótico, neorrománico) y el predominio de lo ornamental sobre lo estructural como reacción frente a la fealdad de los productos industriales; es decir, un decorativismo que muestra clara preferencia por las formas curvas y los arabescos.

A estas característica generales podríamos añadir en Galicia el uso del granito, un

material poco utilizado en otros lugares, y el gusto por las terrazas y galerías acristaladas, un elemento de amplia tradición en tierras gallegas que se presta magníficamente como campo de desarrollo de la inventiva del arquitecto que puede jugar con complicados diseños. Sobresalen en este estilo las ciudades de Vigo (Jenaro de la Fuente, *casa del nº 28 de la calle Urzaiz* y Benito Gómez Román, edificio de los *Almacenes Simeón* en la Puerta del Sol), A Coruña (Julio Galán, *Casa Rei* en la Avenida da Mariña) y Ferrol (Rodolfo Ucha, *Hotel Suizo* en la calle Real). Algunas obras pueden encontrarse también en Santiago, Lugo, Ourense y Pontevedra aunque faltan estudios de catalogación que permitan dibujar un panorama completo.

Arquitectura regionalista

Durante las primeras décadas del siglo XX, surgen por todas las regiones peninsulares movimientos de exaltación de los valores de la arquitectura autóctona. Galicia no es en este aspecto una excepción y así aparece un grupo de arquitectos (Antonio Palacios, Manuel Gómez Román, Rafael González Villar), muy distintos en su formación y trayectoria pero unidos en un mismo empeño: rescatar las formas, materiales y procedimientos constructivos tradicionales para crear un estilo genuinamente gallego, enraizado con el sentir galaico y ajeno al eclecticismo internacional.

La principal diferencia entre este movimiento y sus congéneres de otras regiones españolas como Cataluña y el País Vasco está en el componente nacionalista y reivindicativo que en Galicia se sustituye por una visión folklórica y sentimental, desprovista de contenido político. Esta circunstancia explica que el movimiento no desaparezca con la Guerra Civil y que el régimen franquista lo tolere, de modo que sus realizaciones se extienden hasta los años 50 conviviendo con la arquitectura de posguerra, sobria, monumental y “herreriana” que promueven los organismos oficiales.

Sin duda la personalidad más acusada de esta tendencia “galleguista” y el que la interpretó de un modo más grandioso es el porriñés Antonio Palacios, una de las figuras capitales de la arquitectura española de la primera mitad del siglo XX, autor de grandes obras en la capital de España pero que cuando aborda construcciones en su tierra natal abandona salvo excepciones el eclecticismo internacional y se decide por las formas tradicionales, románicas y góticas, exaltando las cualidades de textura y solidez del granito gallego. El *Ayuntamiento de Porriño*, el *Templo Votivo del Mar* en Panxón y el *Templo de la Vera Cruz* en Carballiño son magníficos ejemplos de su arquitectura, dramática y sentimental, en la consigue siempre una grandiosa fusión de lo tradicional y lo moderno. Una arquitectura que ha sido definida acertadamente como la “versión atlántica” de la arquitectura de Gaudí.

Menor transcendencia tiene la obra de González Villar, autor de interesantes proyectos experimentales como el de “Pazo Moderno” o el “Casa de campo gallega”, la mayoría de los cuales nunca se llevaron a la práctica, y la del vigués Manuel Gómez Román, muy activo en la publicación de ensayos sobre arquitectura pero poco dado a las

realizaciones prácticas (la mayoría son chalets de piedra que recuerdan en su estructura y apariencia a los pazos tradicionales).

Del Racionalismo a las Últimas Tendencias

El Racionalismo o Funcionalismo es un movimiento diametralmente opuesto al decorativismo modernista y los *revivals* historicistas. Preocupada fundamentalmente por la adaptación del edificio a la función a la que se destina y por la racionalización de la empresa constructiva disminuyendo costes, estandarizando materiales y procedimientos, la vanguardia racionalista rechaza la decoración por superflua y costosa y se concentra en lo estructural. Pureza de líneas, plantas abiertas, paramentos lisos, juego de rectas y curvas y grandes ventanales son los principios del movimiento enunciados por el francés Le Corbusier y aceptados por toda una generación de arquitectos europeos que, armados de hormigón y cristal, transformarán completamente la arquitectura ideando soluciones que en buena medida permanecen vivas en la arquitectura actual.

Galicia, los nuevos presupuestos se introducen en la etapa republicana de la mano de arquitectos como Estellés y Tenreiro, autores del edificio del *Banco Pastor* de A Coruña (1921), uno de los primeros construidos con estructura de hormigón en nuestra comunidad, y del *Mercado de San Agustín* también en la ciudad herculina. Sus planteamientos serán pronto seguidos por Santiago Rey Pedreira (*Estadio de Riazor*, 1939), José María Banet y Francisco Castro Represas (*Club Náutico* de Vigo).

Esta arquitectura simple y racional pervivirá en la posguerra en muchas edificaciones populares como las “casas baratas”, no tanto por motivos estéticos como por la penuria de medios que no permitía otro tipo de construcción, coexistiendo con la arquitectura oficial, monumental y herreriana, y con los últimos ecos de la arquitectura regionalista.

Finalmente acabará por imponerse de forma definitiva en la obra de los dos grandes arquitectos gallegos de la segunda mitad de nuestro siglo: el vigués José Bar Boo (*policlínico Cies*, *mercado de Gondomar* etc.) y el coruñés Andrés Fernández Albalat (*fábrica de Coca-Cola* de A Coruña, y *fábrica de Sargadelos*, en Cervo, Lugo). Ambos introducen en Galicia las últimas tendencias de la arquitectura europea y americana combinando los principios racionalistas con el gusto por las formas orgánicas sin desdeñar el uso de los materiales locales (el granito rosa de Porriño en el *Policlínico Cies*), con ellos la arquitectura gallega entra definitivamente en la modernidad y se sitúa en la línea de las mejores realizaciones españolas y europeas. (J-I.G.M.)